Àngel Castiñeira y Josep M. Lozano

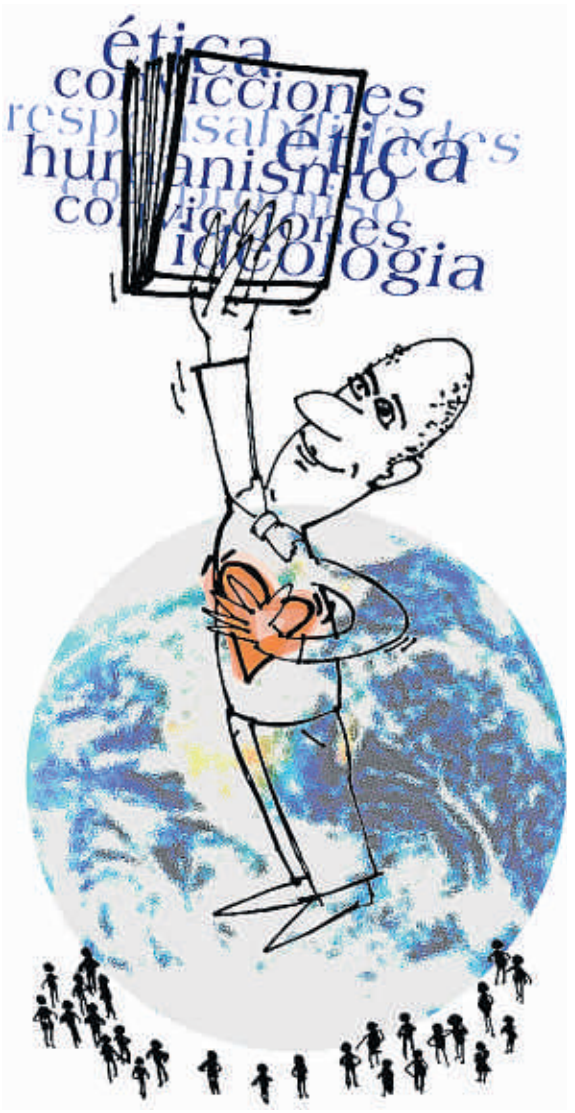
Política y convicciones

Acaban de aparecer publicados dos libros de trayectorias biográficas y de contenido muy distintos, pero con un mismo punto en común que queda reflejado en sus respectivos títulos. Nos referimos al libro de Joan Rigol *Política. Les meves convicciones* y al libro de Javier Solana *Reivindicación de la política*.

El lector interesado hará su propia valoración, y no pretendemos aquí sustituirla. Pero quisiéramos resaltar algo que el libro de Rigol plantea ya en el título, y que en los tiempos que corren chirría porque casi parece una extravagancia: afirmar tener convicciones. Y lo mismo ocurre con el libro de Solana. "Yo creo en la política", dice nada más arrancar.

¿Convicciones? ¿En política? Vaya por delante que nuestra cultura política se suele manejar mal con el término. Hay quien confunde tener convicciones con ser tozudo e inflexible. Hay quien confunde las convicciones con la carta a los Reyes Magos o los buenos deseos de Año Nuevo. Hay quien las considera un bello envoltorio para cuando habla de política pero algo inútil cuando habla de políticas. Y hay quien las asocia, como un acto reflejo, al sociólogo Max Weber, y larga una perorata sobre la ética de las convicciones y la ética de las responsabilidades que lo único que pone de manifiesto es que cita a Weber sin haberlo leído.

Lo que plantean Rigol y Solana es que hablar de convicciones es hablar inevitablemente en primera persona: "les meves conviccions" (Rigol), "yo creo en la política" (Solana). Y eso supone que sólo la propia trayectoria personal marca la frontera entre la credibilidad y el ridículo, entre la autoridad moral y la absurda notoriedad televisiva. Ya nadie habla –ni pregunta– por las convicciones, y eso refleja de manera precisa dónde hemos llegado. Pero hablar de convicciones no es hablar de principios generales, es dar razón de las decisiones que se toman y de los proyectos que se proponen. Por eso es arriesgado. Porque nadie es el propietario exclusivo de sus propias convicciones, y porque ninguna decisión se corresponde de manera transparente con las convicciones que la animan. Pero hay que correr el riesgo de lo único que tiene interés: ser capaz de explicar por qué, en una circunstancia concreta, una decisión determinada –una decisión posible– se corresponde mejor con aquello en lo que se cree y con lo que se está comprometido. A sabiendas de que el riesgo incluye, por lo bajo, ser criticado en esa decisión en nombre de las mismas convicciones que se pretende defender. Digámoslo al estilo kantiano: las convicciones sin decisiones ni proyectos están vacías; pero las decisiones y los proyectos sin convicciones son ciegos. La buena política tiene que conjugar forzosamente convicción, decisión y acción.



JORDI BARBA

Pero no se trata sólo de decisiones y proyectos. En las decisiones y proyectos construimos una trayectoria. Y dicha trayectoria se inscribe en una visión global. En el caso de Rigol, tiene mucho peso otra palabra arrinconada en nuestros tiempos: humanismo. Lo que nos conduce a otra cuestión pasada de moda: la ideología. Ya sabemos que en nombre de la ideología se ha vendido mucho humo y se ha generado mucho sufrimiento. Pero las convicciones han de articularse en una visión global, y hoy queda incluso elegante y *fashion* despreocuparse de estas cuestiones. Lo que necesitamos es buena gestión, nos dicen. Solana también se rebela contra eso: "La política no es mera gestión, no es administración, es mucho más que eso. En parte es hacer presente el futuro, y para eso hay que tener una visión del futuro".

Efectivamente, para transformar la realidad social hay que tener convicciones, que son las que te marcan el rumbo y dibujan las líneas que no hay que traspasar. Más aún: hay que resaltar la importancia de las convicciones como base para la indagación y la innovación, en la medida en que no consienten a que, simplemente, nos adaptemos a la realidad, sino que nos instan a ir un paso por delante, a explorar todas las posibilidades y a no limitarnos a ser meros administradores de lo que nos ha sido dado. Humanismo es comprometerse con el desarrollo de todas las posibilidades humanas (personales y sociales, individuales y nacionales) que se abren en el momento histórico en el que nos ha tocado vivir.

Por eso, se comprenderá tan bien, después de una campaña electoral digna de olvidar, que las convicciones políticas nada tienen que ver con salir desnudo en un spot, o fingir un orgasmo al ir a votar, o emitir un vídeo de una estrella porno pidiendo el voto para un candidato, o promocionar juegos de internet claramente xenófobos, o vestirse de Elvis y presentarse acompañado de una coplista freak, o llamar gilipollas al adversario político. El *marcar paquet*, el *fer forat* a golpe de excentricidad es lo contrario a la urgente reivindicación de las convicciones y el humanismo en la política. Eso es confundir ser notorio con ser notable. Y algunos, para conseguir aquellos quince minutos de notoriedad a los que se refería Warhol, están dispuestos a olvidar sus convicciones y a renunciar a su dignidad. E incluso a hacernos dudar de que las tengan.●

À. CASTIÑEIRA Y J.M. LOZANO, *profesores de Esade (URL)*

Oriol Pi de Cabanyes

'My father, my lord'

Tiempo atrás, cuando los niños jugaban en la calle a veces se liaban a pedradas. A principios del siglo pasado, las tribus de los *secs* y los *cendrosos* se perseguían a tiro de honda por las faldas de Montjuïc, como cuenta Joan Alavedra en unas impactantes páginas de sus memorias. ¡Qué brutos, qué inconscientes pueden llegar a ser los niños!

Leo, en un libro de Jordi González Llácer sobre el pintor Joan Serra que me ha dado a conocer Xavier Trias de Bes i Trabal, que Joan Manuel Nadal Gaya, evocando al artista en su Lleida natal, dice: "El pequeño Juan, discípulo de su propio padre, que entendía la educación al estilo de la época, fue víctima de la severidad paterna. Él, el hijo del Señor Maestro, no podía ir sucio, él no podía encaramarse por las faldas del castillo, ni corretear por las huertas y los sotos, ni intervenir en las pedreas que la infancia de entonces desarrollaba".

El pequeño Joan Serra fue una víctima más de la extremada severidad paterna característica de aquella época. Como lo es el niño protagonista de la película *My father, my lord*, que ahora echan en el Verdi, y en la que se vienen a denunciar las trágicas consecuencias que pueden derivarse del estilo de vida propio de toda comunidad fundamentalista –en este caso la ultraortodoxa judía– para la que "la sensibilidad con respecto al sufrimiento del otro es inferior a la ley de Dios", como evoca escandalizado David Volach, el director israelí de esta película surgida desde lo más profundo de su propia experiencia.

My father, my lord es un casi cuento jasídico que denuncia el sinsentido del literalismo con que a veces se leen los libros sagrados y las barbaridades que pueden llegar a cometerse en nombre de unas normas tomadas demasiado al pie de la letra. Como gran metáfora, está en este filme la historia de Abraham dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac.

Pero también podría estar la intifada palestina. Las piedras de los niños manipulados por la fe ciega y por la insensibilidad de los mayores son las mismas piedras que lapidaron a la Hipatia de Alejandro Amenábar, las mismas piedras que lanzan contra algunas pobres mujeres en ciertos lugares del fanatizado mundo musulmán.

No siempre se entiende así, pero el espíritu que a veces se inscribe en la piedra es siempre superior a la piedra.●

Màrius Carol

La soledad del ganador

Existe un tiempo para respirar despacio y otro para hacerlo deprisa, aconseja *Tao Te King*, el libro más relevante del pensamiento taoísta. Artur Mas ha ganado las elecciones, pero, pasado el primer momento de los aplausos y las felicitaciones, se encuentra sumido en el tiempo de respirar despacio. Ahora toca reflexionar sobre cómo afrontar el futuro, escucharse más a sí mismo que a nadie, protegerse de tantos aduladores salidos de debajo de las piedras y establecer una hoja de ruta con la que orientar la brújula. En la precampaña, Mas comentó que deseaba hacer un gobierno con los mejores y que intentaría incorporar independientes a su equipo. Sus palabras han producido el efecto llamada, pues en la noche electoral el cuartel general convergente, el hotel Majestic, permitió descubrir no sólo a los militantes que han trabajado duramente las últimas semanas, sino también a antiguos dirigentes que aspiran a una segunda vida política e independientes que están convencidos de que el país les está esperando.

El profesor Sebastià Serrano asegura que, después de la euforia por una victoria, se produce siempre una sensación de angustia, que se parece a la depresión posparto. Alcanzado el objetivo, aparece delante el abismo de lo que queda por hacer. Bill Clinton explicó en sus memorias que, cuando los votos de los electores le dieron la presidencia en 1992, se refugió con sus esposa, Hillary, en su habitación, cerraron la puerta y se pusieron a rezar juntos. La responsabilidad les dejó sin aliento, así que decidieron darse unas horas para ordenar la mente y empezar a examinar candidatos para los altos cargos de la administración.

> Mas debe protegerse de tantos aduladores que le rondarán en estas horas de reflexión

Mas resulta un político ordenado, metódico, cartesiano. Pero en esta campaña ha mostrado que no es un hombre frío y cerebral, y se le ha visto emocionarse en el mitin final ante el abrazo de su esposa, que ha estado incondicionalmente a su lado en siete años interminables, en los que ha tenido que rearmar el partido, mantenerlo unido y recuperar la moral. Sus colaboradores afirman que estos días aparece como liberado de la carga. Pero también sintiendo la soledad del ganador. Sabe que en los próximos días deberá asumir responsabilidades y que no puede fallar al país, pero tampoco a sí mismo. Schopenhauer escribió que la soledad ofrece al hombre colocado a gran altura intelectual una doble ventaja: estar consigo mismo y no estar con los demás. La soledad puede ser la mejor compañía para Mas. Son tiempos para la austeridad y el próximo presidente sabe mejor que nadie lo dura que ha sida la travesía hasta alcanzar el poder. Como esos momentos en que no sonaba el teléfono los ha pasado en compañía de sus íntimos, tragando saliva, sabe que no debe nada a nadie. Y esto es uno de sus activos en la hora de las decisiones. Después llegará el momento de respirar deprisa.●